

Tras las huellas de las revoluciones latinoamericanas

Fernando Mires, *La rebelión permanente: Las revoluciones sociales en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1988, 449 pp.

Lucio Oliver Costilla

Los objetivos de la obra

El libro de Fernando Mires sobre las revoluciones sociales en América Latina tiene las características de originalidad, sistematicidad y seriedad suficientes para interesar a los estudiosos sobre los problemas de la región. No son muchos los libros sobre la historia y los hechos políticos y sociales de nuestros países que tengan tras de sí objetivos ambiciosos y una investigación profunda como la obra que ahora nos presenta este autor.

Además de los rasgos mencionados, y de no menor mérito, cabe decir que se trata de un texto agradable, de interesante y sencilla lectura. La amenidad está dada también por la óptica renovada con que aborda los diversos casos de estudio, tan cercanos a los latinoamericanos: siete revoluciones políticas connotadas, casos renombrados que han impactado la vida latinoamericana al través de su historia: la revolución de Túpac Amaru en el siglo XVIII; las revoluciones de Independencia del siglo XIX; y cinco revoluciones de influencia regional del presente siglo: la mexicana, la boliviana, la cubana, la chilena y la nicaragüense.

El libro de Mires fue escrito con el propósito de realizar un revisión de la historia que pudiese en evidencia la mistificación filosófica e ideológica de numerosas versiones sobre los hechos ocurridos en América Latina, especialmente de las revoluciones. La lectura de la obra terminada lo confirma como un paso sustancial en esa dirección.

El análisis de lo histórico

A lo largo del análisis de las siete revoluciones investigadas por Mires resaltan algunas constantes de importancia. Por ejemplo las que se refieren a una revaloración de la participación indígena en los movimientos revolucionarios, y de los saldos aún persistentes.

Otra constante es el papel de las clases subalternas, especialmente las consideradas "peligrosas"

por su radicalismo o por su extracción social. También enfatiza sobre la permanente ingerencia de los poderes externos en los acontecimientos revolucionarios de América Latina.

Asimismo, cabe destacar su apreciación sobre la esencia contradictoria inherente a muchos de estos acontecimientos: revoluciones que paradójicamente buscan objetivos conservadores, y fenómenos que empiezan, por el contrario, siendo oligárquicos y terminan con rasgos populares e indígenas, o a la inversa. También se encuentran revoluciones ejecutadas por los obreros que terminan siendo baluarte de los campesinos o rebeliones campesinas que terminan siendo revoluciones burguesas. Es decir, las constantes de Mires se desprenden de la riqueza de la historia real de las revoluciones latinoamericanas, frente a la pobreza de ideas y de análisis de muchos estudios ideologizados que se basan sólo en nociones preconcebidas.

Mires consigue resultados innovadores en su investigación histórica. Sobre cada caso estudiado hay análisis peculiares derivados de un estudio de materiales de la época. A continuación enumeramos las conclusiones más destacadas en cada una de las revoluciones estudiadas.

Sobre la *revolución de Túpac Amaru*, el autor destaca que en los hechos que acompañaron la famosa rebelión del cacique en realidad aconteció una doble revolución: "una criolla-indígena y una indígena-popular" p. 56.

En el caso de Túpac Amaru el objetivo de la lucha no era la independencia política de España, sino una emancipación de las condiciones sociales reinantes, cuestión que puso en tensión la alianza inicial entre criollos e indígenas. En el capítulo se asienta que "en su primera fase fue sobre todo una negación frontal de un determinado orden de cosas, pero que posteriormente llegó a articular diversos intereses sociales subalternos generando así una *visión colectiva de un nuevo orden social*" p. 57.

La revolución de Túpac Amaru tuvo un significado esencial desde el ángulo histórico: reconstituyó el movimiento indígena como fuerza social, después de la descomposición que introdujeron varios siglos de colonia española, pp. 57, 58.

Acerca de las *revoluciones de Independencia en América Latina*, tal vez el resultado más importante de las investigaciones realizadas esté en la constatación de que fueron el crisol histórico que permitió súbitamente conjuntar múltiples rebeliones aparentemente aisladas, p. 154. El sustento particular de dichas rebeliones podría ubicarse en las cinco vertientes de descontento que lograron abrirse paso: 1) la de "las clases peligrosas" formada por los movimientos de indios, negros, mestizos, pardos, mulatos, criollos y españoles empobrecidos; 2) la de los "criollos descontentos"; 3) la de los movimientos localistas y regionalistas; 4) la vertiente ideológica iluminista formada por criollos educados casi siempre en Europa; y, por último, 5) la vertiente ideológica ultramontana de origen predominante clerical, p. 155.

Al estudiar *la revolución mexicana de 1910-21*, Mires establece en su análisis algunos ejes básicos de su interpretación de las otras revoluciones investigadas; por ejemplo, el que dicho fenómeno surge tanto de las contradicciones al interior del bloque dominante, aceleradas por la irrupción de capitales extranjeros, como de la aspiración de un sector modernizante dependiente del exterior que no fue capaz de romper la hegemonía de los sectores tradicionales. Esta situación lleva al "punto de encuentro entre las movilizaciones políticas y democráticas urbanas y las rebeliones indígenas y campesinas tradicionales", p. 222.

El clásico final burgués de una revolución campesina y el desenlace bonapartista de un movimiento democrático es explicado por Mires a partir de la incapacidad de Madero, primero, y de Carranza después, "para articular desde el Estado a distintas rebeliones con distintos intereses, y por lo tanto distintos objetivos... Como movimiento, la revolución poseyó siempre una gran capacidad de integración social; pero como expresión del poder estatal sólo pudo imponerse amputando sus dos alas populares, la del sur y la del norte", pp. 222 y 223.

Para Mires se trata de una revolución inconclusa en la medida en que los actores principales sufrieron modificaciones importantes pero no fueron los sujetos del poder político: "los grandes vencedores de la revolución fueron algunas fracciones de las capas medias y un sector de empresarios modernizantes quienes apropiándose del Estado, lo convirtieron en el aparato gestor de un capitalismo industrialista, extremadamente dependiente y destructivo" p. 223.

Sobre *la revolución de 1952 en Bolivia*, el autor destaca que se trata de un fenómeno de empalme

entre dos revoluciones muy diferentes. En un principio el papel dirigente perteneció a los obreros de las minas, junto a las masas de pobres urbanos y suburbanos, sin embargo su incapacidad dio lugar a un posterior protagonismo campesino que impuso sus propios objetivos.

"La revolución no fue obrera y campesina a la vez. Primero fue obrera (y popular) y después derivó en campesina. La revolución agraria surgió como continuación de la revolución de 1952, pero luego vivió un desarrollo independiente. 1952 significó para los campesinos indígenas una oportunidad histórica para articular las múltiples rebeliones campesinas que se venían gestando, intermitentemente, desde los mismo días de la Colonia. Cualquiera que sea la evaluación final de la revolución, esos indígenas demostraron que ellos constituyen la verdadera base de la sociedad" p. 278.

Posiblemente ninguna revolución como *la revolución cubana* haya necesitado tanto el conocimiento de su trasfondo histórico, tan mistificado por el denominado "foquismo". Mires acierta a plantear la estrecha relación de continuidad de la revolución de 1957-59 con los hechos del pasado inmediato y mediato. No obstante, la indagación histórica de los acontecimientos de los años propiamente revolucionarios quedó pendiente en el estudio del autor.

Tal vez el caso más difícil en la investigación de Mires haya sido *la revolución en Chile*, su país natal, denominada por él "la revolución que no fue".

Para el autor un punto decisivo fue el intento de transitar a un régimen socialista por la vía de la política económica (un programa de nacionalizaciones y estatizaciones), y no por transformaciones políticas sustanciales. Especial atención otorga Mires al problema de la "fijación" de la UP al Estado tradicional chileno y al menosprecio político del surgimiento de un elemento de poder contrarrevolucionario basado en los gremios, los parlamentarios de derecha y el poder militar, p. 374.

Al hacer el análisis de *la revolución nicaragüense*, Mires da cuenta de la continuidad histórica de la lucha sandinista de 1979 con la gesta nacionalista, popular y democrática de Sandino, p. 430.

La fuerza de esa continuidad histórica permitió la acción revolucionaria, acelerada por la ruptura del equilibrio interno del bloque dominante, provocado por la transformación de la dictadura de militar-económica a económica-militar.

Mires encuentra que fue precisamente la capacidad del FSLN para enlazar la respuesta democrática a la dictadura con un planteamiento que proponía soluciones para la cuestión nacional (frente a los norteamericanos) y la cuestión social, lo que le produjo la capacidad para conducir una revolución exitosa y derrotar a la dictadura.

La interpretación teórica

Mires hace el análisis de cada una de las revoluciones nacionales buscando los "puntos de ruptura" del sistema de dominación de cada situación. Coincidimos con dicho enfoque teórico-histórico: no basta con conocer y analizar los hechos inmediatos que dan lugar a las crisis nacionales generales; conviene rastrear en la madeja de acontecimientos que rodean o anteceden a las revoluciones las causas más profundas.

Otras consideraciones teóricas interesantes de la investigación se refieren al denominado punto de partida de una revolución. Para Mires los siete casos estudiados tienen como elementos comunes la fractura dentro del bloque tradicional de dominación, la disidencia de fracciones de ese bloque y la movilización de sectores subalternos en contra del poder central. En todos los casos el motor de la ruptura al interior del bloque de dominación había sido alguna transformación económica exógena, p. 438. Estos indicadores del punto de ruptura de la dinámica moral de la dominación son un aporte sustancial del estudio de Mires y habría que incorporarlos en las interpretaciones revolucionarias, pues éstas han abusado de los referentes económicos sociales como causas determinantes de las rupturas.

No obstante nuestra positiva evaluación del estudio de Mires, tenemos algunas divergencias que comentar sobre su investigación.

El análisis del autor no le da valor al *momento histórico mundial y regional* en el que se produce cada hecho. Por eso se permite comparar un movimiento indígena popular como el de Túpac Amaru, del siglo XVIII, con revoluciones tan actuales como la chilena o la nicaragüense.

Por otra parte Mires trata a las diversas revoluciones como fenómenos aislados, de exclusiva raíz nacional, excepto, por supuesto el caso de las revoluciones de Independencia. Un análisis más de conjunto de la interinfluencia económica, política e ideológica de América Latina nos hace evidente que no se trata de revoluciones ajenas entre sí. La revolución mexicana, por tomar un caso, definió el horizonte de las revoluciones Guatemalteca y Boliviana. Hay una especie de continuidad en las tendencias históricas y políticas de estos movimientos por más diversos que hayan sido unos de otros y no obstante su distancia temporal.

La ausencia de una consideración de este tipo explica por qué Mires no alude en ningún momento de su análisis a los denominados *populismos* clásicos latinoamericanos: el varguismo, el cardenismo y el peronismo. Estos fenómenos no son estrictamente revoluciones en la medida en que su objetivo no era sustituir el Estado, sino ampliarlo; no era tampoco eliminar las estructuras económicas atrasadas, sino subordinarlas. Empero, su bús-

queda esencial era la misma que varias de las revoluciones estudiadas por él: provocar transformaciones políticas y económicas que permitiesen a nuestra sociedad atrasada dar un salto en su desarrollo capitalista.

Mires tampoco determina los diversos horizontes que abre y cierra cada revolución. Las perspectivas abiertas por la revolución mexicana terminan precisamente con las experiencias de las revoluciones de Guatemala (1943-54) y Boliviana (1952-54). La derrota y el fracaso de dichas revoluciones en el logro de sus objetivos modificó el sentido de las luchas subsiguientes. De ahí que la revolución cubana por ejemplo, se plantee otras perspectivas de cambio. Son otros los objetivos, los actores, los sujetos y los logros.

La revolución cubana abre otro ciclo de cambios. La misma revolución chilena, tan autónoma y peculiar en sus rasgos —vía pacífica, movimiento obrero socialista, etc.— no puede desligarse de los objetivos abiertos por la revolución cubana. La misma situación ocurre en el caso de la revolución de Nicaragua.

Habría que decir que hoy las revoluciones latinoamericanas se plantean dentro de un horizonte inédito, distinto al propuesto por la revolución cubana. Los cambios ocurridos en Latinoamérica y en el mundo en el capitalismo y el socialismo, así como dentro del movimiento popular apuntan en una nueva dirección, con perfiles innovadores.

El considerar los ciclos epocales, la acumulación histórica y política de las revoluciones a nivel nacional y latinoamericano, el momento histórico mundial y regional, etc. le hubiese otorgado a Mires un criterio más amplio con el cual evaluar las revoluciones de cada país, sin dejar de lado los indicadores que nos ofrecen los propios hechos.

Un ejemplo de lo anterior es el análisis de la revolución de 1952 en Bolivia. Para Mires fue una revolución obrera primero, y campesina después. Un análisis más profundo permitiría opinar algo sustancialmente distinto. Nunca fue una revolución obrera, si se considera teóricamente que no es el actor social principal el que determina el carácter de la revolución, sino el conjunto de tareas objetivas que el movimiento pone en acción, y que están en el programa de los protagonistas. En el caso de Bolivia la revolución del 52 abrió paso a un capitalismo de Estado y una reforma agraria de pequeña propiedad que objetivamente le da un carácter capitalista a esa revolución llevada a cabo, no obstante, por actores predominantemente obreros primero y campesinos después.

Una cuestión sumamente polémica en la óptica de Mires es su evaluación del carácter no burgués de nuestras revoluciones. El papel deslucido o inexistente de las burguesías latinoamericanas en calidad de actores y sujetos de las revoluciones lleva a Mires a afirmar algo sumamente polémico:

que nunca ha habido en la historia de América Latina una *auténtica revolución burguesa*, p. 441.

A las revoluciones no se les puede caracterizar por los actores fundamentales participantes, al margen del proyecto de sociedad por el que luchan y por las acciones que objetivamente ponen en marcha. Gran parte de las revoluciones latinoamericanas han sido *auténticas revoluciones burguesas* en las condiciones específicas de una América Latina plagada de resabios capitalistas y de dependencia del capitalismo imperialista. Han logrado impulsar saltos en el desarrollo capitalista de América Latina, aun cuando no hayan resuelto la cuestión de su autonomía económica, el subdesarrollo, el atraso y la dependencia. Y esta transformación de algunas de las sociedades latinoamericanas se han realizado de manera revolucionaria desplazando incluso a fracciones retrógradas de la burguesía.

La caracterización que hace Mires de las revoluciones latinoamericanas le lleva a considerar que el verdadero carácter de ellas ha sido algo así como un fenómeno "popular condensado" lo cual no acaba por ser una caracterización útil, dado que ese rasgo lo tiene cualquier movimiento social verdadero.

Otra cuestión de tipo teórico que Mires no acaba por resolver del todo es la que se refiere al sujeto de las revoluciones latinoamericanas. Para Mires no existe un sujeto privilegiado, y éste puede ser muy variado, tal como lo registran los hechos históricos reales.

Mires plantea lo anterior al margen de los distintos momentos históricos, por lo cual no registra el hecho de que cada época conlleva tendencias claras a la actuación de determinados sujetos. Por ejemplo, la clase obrera, inexistente casi en el siglo XVIII en América Latina, difícilmente podría haber sido el actor principal en la revolución de Túpac Amaru, en cambio a finales del siglo XX tiende a asumir un papel muy influyente en los movimientos sociales, sin que eso sea una necesidad en todos los casos.

Para terminar, cabe anotar la principal constante que Mires encuentra en el estudio de la revolución. Para él nuestras revoluciones han sido tridimensionales: buscando en general una utopía pasada ("aquello que más ha movido a las grandes multitudes de nuestros países en los periodos revolucionarios no ha sido la ambición de crear un orden nuevo, sino la de recuperar un orden antiguo"), han llegado a un futuro prometido que no encuentran nunca tal cual lo diseñaron, por la vía de los cambios presentes. Tres dimensiones temporales, en las cuales para Mires la única constante es la rebelión permanente.

Por la riqueza de sus materiales y por toda la polémica que genera, la investigación de Mires resulta un texto necesario para quien se interesa por seguir tras las huellas de las revoluciones y para quien busca comprender los motivos profundos del contradictorio actuar de los pueblos latinoamericanos.